

PHYLLIS BENNIS

George junior en el país de las maravillas

El 20 de abril de 2001 más de 100.000 estadounidenses marcharon desde el monumento de Washington hasta el Capitolio, lo que, próximos al 11 de septiembre, demuestra una gran valentía. En San Francisco los ciudadanos también atestaron las calles. En Washington llevaron a cabo cuatro movilizaciones diferentes, centradas en causas distintas pero relacionadas: la guerra del Gobierno de Bush en Afganistán; los ataques contra árabes y musulmanes y el asalto general a las libertades civiles en EEUU; la guerra en Colombia; y la globalización corporativa y los encuentros del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Pero el tema que predominó en todas las movilizaciones fue Palestina. Más concretamente, un sólido clamor para que EEUU cesara su apoyo a la ocupación israelí de Palestina y a Ariel Sharon, y su financiación a la máquina de guerra israelí. Esto ocurrió días después de la amplia concentración que reclamaba más apoyo para Israel.¹

Las manifestaciones coincidieron con los esfuerzos del Gobierno de Bush por recuperar y redefinir su política en Oriente Medio, tras la debacle producida por los fracasos de Richard Cheney, Colin Powell y Anthony Zinni. Los meses posteriores al 11 de septiembre han estado acompañados por el fracaso de las giras diplomáticas del trío —vicepresidente, secretario de Estado y enviado especial—, concretamente en lo rederido al conflicto entre Israel y Palestina. Aunque se mantienen los tres pilares de la política estadounidense en Oriente Medio —Israel, petróleo y estabilidad—, el orden de prioridades podría haber variado significativamente.

El cambio de política estadounidense

En los primeros meses de su mandato, antes de los atentados en Nueva York y Washington, el Gobierno de Bush adoptó la política de mantener la ayuda y

Phyllis Bennis es miembro del Institute for Policy Studies de Washington D.C. y del Transnational Institute de Amsterdam
Artículo publicado en www.tni.org

Traducción: Eric Jaláin Fernández

¹ Phyllis Bennis, "Antes y después: política exterior estadounidense en 2001", *De Nueva York a Kabul, Anuario CIP 2002*, CIP/FUHEM/ICARIA, Barcelona, 2002.

protección diplomática a Israel, pero apartando la mirada y las manos de las negociaciones de paz. Tampoco era demasiado sorprendente, pues el poder económico y político de este Ejecutivo están completamente relacionados con los intereses de la industria petrolera. El petróleo y la estabilidad son aspectos prioritarios con respecto a Israel, que queda en un segundo plano. Los estrechos lazos estadounidenses con el Estado hebreo no han desaparecido, pero, a pesar de mantener una ayuda económica y militar de aproximadamente 4.000 millones de dólares, y la continua amenaza y/o uso de su poder en la ONU para vetar o promover medidas para la protección de Israel, la política de Bush se ha dado a conocer como *disengagement*.¹ Europa, los Estados árabes y otros actores mundiales comenzaron a reclamar una “mayor implicación”, como si los miles de millones en concepto de ayudas, los vetos protectores y el privilegio diplomático hacia Israel no constituyeran una implicación suficiente. Lo que se necesitaba no era más implicación, sino una forma totalmente diferente de implicarse. Esto no estaba recogido en la agenda de Bush para Oriente Medio.

Inmediatamente después de los ataques al World Trade Center, el Gobierno estadounidense pareció distanciarse de Israel. La necesidad del apoyo de Gobiernos árabes e islámicos para la nueva “guerra contra el terrorismo” de Bush puso en juego el cálido y difuso abrazo con Israel, aunque el respaldo económico y estratégico permaneció inalterable.

Temiendo tal reacción, los representantes israelíes lanzaron una campaña casi frenética de alianza, proclamando su suprema unidad con los estadounidenses como víctimas del terror y de los enemigos árabes/islámicos comunes. Pero la campaña no funcionó excesivamente bien, más allá del círculo de expertos y autoridades habituales. En noviembre de 2001, tanto el discurso de Colin Powell en Louisville, como la intervención del propio Bush en la Asamblea General de la ONU, se centraron más en lo que los palestinos, y (más estratégicamente) los Gobiernos árabes y sus intranquilas poblaciones, deseaban escuchar. Los llamamientos de Bush favorables a un “Estado palestino”, y de Powell en el sentido de que “la ocupación debe terminar”, parecieron anunciar un nuevo planteamiento de la diplomacia estadounidense, tal vez incluso equilibrado.

Pero, en cuanto el mantenimiento de la coalición contra Afganistán perdió importancia (es decir, cuando las principales ciudades bajo tutela talibán ya habían caído), el péndulo táctico volvió hacia atrás y Washington regresó a un mayor acercamiento público hacia Israel y Sharon. Anunciaron un esfuerzo para “reimplicarse” en el “proceso de paz”. El primer mensajero fue el general Anthony Zinni, cuyas dos breves visitas a finales de 2001 acabaron en sendos fracasos (una tras un atentado bomba suicida, la otra tras descubrirse un cargamento de armas embarcado hacia Palestina, procedente de Irán). Durante algún tiempo, el Gobierno parecía despreocupado por la escalada de violencia, aparentando creer, contra toda evidencia, que Palestina podía arder sin que la crisis se desbocara.

¹ Nota del traductor: la traducción literal sería “retirada”, pero en el presente contexto político correspondería a “reducción de implicación”.

En febrero Irak reapareció como protagonista central de los esfuerzos regionales estadounidenses. Los intereses en juego se elevaron, y se imponía una nueva ronda diplomática regional para exponer las necesidades y dictar la ley a los aliados árabes de Washington. Se requería para ello de alguien con un rango en la jerarquía gubernamental superior al del general Zinni, así entró en escena el vicepresidente Dick Cheney, con amplia experiencia en Oriente Medio tras sus años como Secretario de Defensa del Gobierno de Bush senior. Los intereses de Cheney en el sector petrolífero eran bien conocidos desde hacía tiempo.² El vicepresidente ya había conducido una ronda regional en Oriente Medio virtualmente idéntica, en vísperas de la guerra del Golfo hace más de una década, con un propósito similar: asegurar el apoyo regional árabe y de otras potencias (como Turquía) para un nuevo ataque contra Irak. Recién ocurridos los atentados en EEUU, con los regímenes árabes afines ya sumisos, atropellándose prácticamente para subirse a bordo del tren antiterrorista de Bush, el Gobierno parecía anticipar que el trabajo de Cheney se limitaría a dar el último empujón. Sin duda, había cierta inquietud con respecto a la rabia de las poblaciones árabes ante el rápido deterioro de la crisis en la Franja de Gaza, pero parecía asumido que, por muchas crispaciones y acusaciones que exhibieran los regímenes aliados árabes, estos iban a apoyar finalmente a Washington.

Si apenas había duda de que, tarde o temprano, los reyes, emires y príncipes árabes iban a hacer lo que el “patrón” les ordenara, la opinión pública en todo el mundo árabe la emprendió duramente no sólo contra Israel y su ocupación, sino también contra su padrino global, EEUU. Los Gobiernos árabes, expuestos a severas crisis de legitimidad, harían lo que se les dijera a cambio de pagar un precio muy alto por su alianza con Washington. La escalada de violencia de Israel en los Territorios Ocupados se convirtió en una buena excusa para los dirigentes árabes: “¿cómo podéis hablarnos de apoyar una campaña de invasión o un golpe contra Irak mientras Palestina está ardiendo y no hacéis nada para evitarlo?”

Operaciones fantasma

Poco antes de que el Air Force Two de Cheney despegara, alguien en Washington se dio cuenta de todo esto, y el general Zinni fue enviado de nuevo a Oriente Medio. Su misión no había cambiado, por lo que había pocas posibilidades de que se resolviera con éxito. Su papel tenía más que ver con figurar en las capitales árabes, que lo que pudiera hacer en Jerusalén o en Ramala, donde comenzó una fantasmal gira. Zinni era la cobertura política de Cheney. “¿Qué queréis decir con que no hacemos nada? ¡Hemos enviado al general Zinni!”, fue el nuevo mantra del vicepresidente.

² Como miembro de la Cámara de Representantes, apoyó en 1981 la venta de aviones AWACS a Arabia Saudí, a pesar de la oposición israelí, y en 1979 votó contra el impuesto sobre beneficios extraordinarios aplicado a los ingresos del petróleo. Para completar el curriculum, Cheney también votó contra el Tratado del Canal de Panamá (1979), contra el Departamento de Educación (1979), contra las sanciones a Sudafrica (1985) y contra la seguridad del agua potable (1986).

*Los
Gobiernos
árabes harían
lo que se
les dijera
a cambio de
pagar un
precio muy
alto por su
alianza con
Washington*

Pero este plan tampoco funcionó. Aunque, los Estados árabes dependientes se someterían muy posiblemente a las presiones estadounidenses, sus endeble Gobiernos no estaban dispuestos a hacerlo prematuramente, con el riesgo de desestabilización o incluso de amenaza potencial a sus regímenes. El viaje de Cheney fracasó y la operación de Bush se concentró en convencer a una audiencia moderadamente escéptica, dentro y fuera de Washington, que el vicepresidente no había ido a conseguir apoyos para atacar a Irak. Su viaje no hubiera sido más que una visita para apuntalar el apoyo regional a la “guerra contra el terrorismo” (algo que tampoco se logró, aunque poca gente prestara atención a este detalle).

Llegó el turno del secretario de Estado Colin Powell. Tras el frustrado viaje de Cheney, el Gobierno Bush decidió tomarse un respiro en la nueva estrategia de implicación. Los expertos desplegaron su “kremlinología” al estilo estadounidense, intentando descifrar quién salía reforzado y quién debilitado en el entorno de Bush. Las divergencias surgidas desde el comienzo de su Gobierno se mantenían: los desacuerdos en cuanto a Irak, que enfrentaban a los pragmáticos de Powell contra los ideólogos de Rumsfeld/Wolfowitz, se trasladaron ahora a la cuestión palestina. ¿Algún funcionario estadounidense de rango superior a asistente delegado de subsecretario debe sentarse alguna vez en la misma sala que Yasir Arafat? ¿Algún funcionario estadounidense puede criticar a Ariel Sharon por combatir el terrorismo con los mismos métodos que estaba utilizando EEUU en Afganistán?

La prensa se centró principalmente en el mensajero. ¿Ocupaba el general Zinni una posición demasiado baja en el escalafón como para influenciar a Sharon y/o Arafat? ¿Debería Bush enviar al general Powell, introduciendo así el factor de fuerza de las cuatro estrellas? Lo que quedaba fuera de debate es que no era tanto el mensajero en sí como el contenido de su misión lo que iba a determinar su éxito o fracaso. Zinni no fracasó porque no estuviera a la altura jerárquica adecuada, sino porque sus órdenes no incluían detener a Israel. Y como se comprobó después, tampoco las órdenes de Powell lo contemplaban. Dos bombas suicidas a finales de marzo, que mataron a docenas de civiles en Israel, elevaron el listón; Washington, claramente, iba a responder.

La visita de Powell

Antes de que se tomara una nueva decisión, el 29 de marzo una ofensiva militar israelí, sin precedentes en Gaza, invadió Ramala, Belén, Nablus, Yenín, Tulkarem y otros pueblos de la zona, con tanques, helicópteros armados con ametralladoras, bulldózer blindados y aviones de combate F-16. Respecto al bando israelí, parecía “una guerra convencional”, como la definió el secretario general de la ONU Kofi Annan.

El 4 de abril Bush anunció que iba a enviar a Powell a Oriente Medio y trazó una visión, un poco escasa y muy difusa, de cómo se dibujaba un arreglo pacífico: “Este podría ser un momento esperanzador para Oriente Medio. (Pero no lo es.) La propuesta del príncipe Abdulá de Arabia Saudí, apoyada por la Liga Árabe, ha

logrado que un buen número de países árabes se aproxime más que nunca al reconocimiento del derecho de Israel a existir. (Ignorando convenientemente que tal reconocimiento sólo se produciría tras una retirada total de Israel a sus fronteras de 1967.) Consta que EEUU apoya las legítimas aspiraciones del pueblo palestino a tener un Estado. (Aunque hagamos todo lo posible para evitar que tales aspiraciones se hagan realidad.) Israel ha reconocido el derecho a un Estado palestino. (Si se puede definir como Estado un conjunto de bantustanes divididos y aislados, sin frontera con el exterior, que suponen alrededor de un 40% del territorio de Gaza.) Las líneas de un acuerdo justo son claras: dos Estados, Israel y Palestina, conviviendo uno junto al otro en paz y seguridad.”

Si aún no se ha logrado un Estado palestino, afirma Bush, Yaser Arafat no puede culparse más que a sí mismo: “La situación en la que se encuentra hoy en día es ampliamente responsabilidad suya. Ha dejado escapar sus oportunidades, traicionando con ello las esperanzas del pueblo que supuestamente dirige. Debido a sus fallos, el Gobierno israelí se siente obligado a atacar a las redes terroristas que están matando a sus ciudadanos.” Las actuaciones de Israel pueden “correr el riesgo de agravar la ya dilatada amargura y de empeorar unas relaciones que resultan críticas para cualquier esperanza de paz.” Pero a pesar de ello, Bush no criticó el ataque de Sharon, únicamente recordó a Israel “que su respuesta a los recientes ataques es tan sólo una medida temporal.” En cuanto al largo plazo, las únicas referencias fueron: Israel debe detener nuevos asentamientos y “la ocupación debe terminar con una retirada a las fronteras aseguradas y reconocidas.” Cuatro días después, Bush afirmó haber advertido a Sharon: “Espero que se dé una retirada sin más demora.” Amenazó con amenazar, pero se negó a caminar ese camino.

La acción clave del Gobierno de Bush se limitó al envío de Powell a la región. No acometió presión alguna contra Israel a través de los numerosos instrumentos con los que cuenta para hacerlo: no suspendió los miles de millones de ayuda militar, no frenó la provisión del equipamiento militar que se está utilizando contra los civiles, no cejó en el respaldo diplomático a Israel vetando en el Consejo de Seguridad cualquier propuesta de despliegue de protección internacional o incluso de observadores.

No debería sorprender que Sharon no haya hecho caso de las indicaciones de Bush. La postura de éste ha sido descrita por la veterana columnista del *Washington Post*, Mary McGrory, cuando afirma “el líder del mundo libre se ha ido a Crawford (Texas) a descansar, dando a entender a Sharon que siga con lo suyo.” El extraño calendario de Bush evidenció los límites reales de sus intenciones. Powell se dirigió hacia Oriente Medio, pero sin prisas, tomándose su tiempo para llegar. Primero fue a Marruecos, donde fue recibido por el joven rey con la pregunta: “¿Por qué está usted aquí? ¿Por qué no está en Jerusalén?”

El lánguido paso de Powell le condujo de Marruecos a Madrid, Jordania y Egipto, para no llegar hasta casi una semana después a Jerusalén. Se trató, sin duda, de una semana de luz verde para Sharon, que pudo así continuar impunemente sus asaltos a las ciudades, pueblos y especialmente a los campos de refugiados de Gaza. Fue permitir los horrores de Yenín, que ya se han sumado a los de Qibya, Gaza, Sabra y Shatila en el curriculum de crímenes de guerra de Sharon.

*La acción del
Gobierno de
Bush se limitó
al envío de
Powell a la
región.
No acometió
presión
alguna contra
Israel a
través de los
numerosos
instrumentos
con los que
cuenta para
hacerlo*

En el país de las maravillas

Cuando Powell regresó, el presidente Bush celebró la bienvenida proclamando que los objetivos estadounidenses se habían cumplido, que el viaje había sido un éxito, que el mundo iba bien. Era un momento de “Alicia en el país de las maravillas”, con Bush anunciando sin sonrojarse: “creo que Ariel Sharon es un hombre de paz” y “la historia demostrará (que los israelíes) han respondido” al llamamiento de Bush a una retirada inmediata.

El ataque israelí fue perdiendo intensidad en algunas zonas de Gaza, aunque las tensiones se dispararon alrededor de la asediada Iglesia de la Natividad en Belén y de la también sitiada residencia presidencial de Arafat en Ramala. Rodeados de tanques, varias docenas de activistas de Solidaridad Internacional fueron aparentemente lo único que frenó la intención israelí de asaltar la residencia y enviar de nuevo al líder palestino al exilio. Pero el objetivo del Gobierno de Bush, de las giras de Zinni, Cheney y Powell, así como de todos sus subordinados que aplaudían cuando los grandes hombres regresaban a casa, ha fracasado. El objetivo de estabilizar la región lo suficiente para que los regímenes árabes apoyen sin riesgos un ataque estadounidense contra Irak, sin temer una sublevación interna, no se ha alcanzado.

En EEUU, el Gobierno de Bush encara el primer desafío serio a su política exterior, procedente de la derecha, cuando fundamentalistas cristianos y otros componentes de la ultraderecha del partido republicano están comenzando a forzar un abrazo aún más estrecho con el Israel de Ariel Sharon, rechazando incluso las preocupaciones retóricas de Bush por los derechos palestinos. Paul Wolfowitz, pro-israelí y delegado en jefe de Bush en el Pentágono, fue abucheado por decenas de miles de manifestantes pro-israelíes cuando tuvo la audacia de mencionar que tal vez los niños palestinos ya habían sufrido demasiado. Se dibuja el peligro de una seria división en el partido republicano, con una ultraderecha partidaria de Israel, mientras los “moderados” pro-Bush se aferran a sus tradicionales lazos con la industria petrolera y los regímenes árabes; facciones que tan sólo se unirían ante un ataque militar a Irak. Una pesadilla que ya asoma por el horizonte para un presidente con escasa visión.